

CORÍN TELLADO

EL DESTINO DE LAS SOMBRAS



La realidad de la alta sociedad sorprenderá a Denis cuando internan a una chica en su zona del psiquiátrico. Llevado por el instinto atenderá a la bella mujer, investigará su vida y quedará atrapado en ella. El objetivo de una cámara revelará una vida llena de secretos que poco a poco irán saliendo a la luz secretos vividos en las sombras. Sin embargo, el destino siempre reserva algo bueno a personas bondadosas.

Índice de contenido

Cubierta

El destino de las sombras

Capítulo 1

Capítulo 2

Capítulo 3

Capítulo 4

Capítulo 5

Capítulo 6

Capítulo 7

Capítulo 8

Capítulo 9

Capítulo 10

Capítulo 11

Capítulo 12

Capítulo 13

Capítulo 14

Sobre la autora

Nosotros no somos engañados, sino que nos engañamos a nosotros mismos.

GOETHE

1

En realidad, no sé aún cómo empezó todo esto. Yo soy un hombre tranquilo, sosegado y sin ambiciones. Pude ir a la universidad, pero una vez terminé el bachillerato, decidí que no, que no me merecía la pena. Mi padre había tenido una taberna y tampoco me interesaba ser tabernero, de modo que, cuando mi padre falleció, —a mi madre ni siquiera la conocí pues murió siendo yo un niño— vendí el negocio, compré unas acciones, remocé el apartamento donde vivía con mi padre y decidí que viviría una vida acorde con mis ambiciones, que he de confesar, no existían. El dinero nunca me llamó la atención, en cambio me gustaba vivir bien, mantener incólume mi dignidad, y también había pensado que no merecía la pena emplear mi tiempo en trabajar intensamente. Así pues, decidí ser enfermero. Me gradué como ATS, ingresé enseguida en un clínico psiquiátrico privado, y me eché una novia. La había conocido en mis tiempos de estudiante en el instituto y siempre me gustó Bea, además era una mujer de dieciséis años con una madurez plena y una visión de la vida muy liberal. Antes de continuar debo advertir que la primera vez que hice el amor fue a los catorce años. Me resultó decepcionante, la chica era una compañera del instituto y la verdad, sabía tanto como yo, así que pensé que aquella cosa maldito si merecía demasiado la pena. Solo cambié de parecer cuando a los dieciocho inicié de nuevo mi andadura sexual. Sin embargo, debo añadir que no soy un apasionado ni un obseso. Hago el amor y me agrada, y tengo esa novia de la

cual ya hablé que se llama Bea Sánchez, tiene la misma edad que yo y hacemos el amor cuando nos apetece, pero no tenemos ninguna prisa en casarnos ni nos atosigamos uno a otro con celos o sombras variopintas. Ella hace su vida y yo la mía y cuando nos apetece, nos vemos, hacemos el amor o vamos al cine.

Yo soy montañero, me gusta el esquí, me gusta la montaña y también el mar, y en esta ciudad disfruto de todo eso. Soy un buen cocinero y no necesito una mujer para planchar mis camisas o pantalones. Una vez a la semana le doy una gran limpieza al apartamento (casi siempre los domingos), pongo todo en orden y hasta la semana siguiente. He de añadir que soy un hombre ordenado.

Alguien que lea esto se preguntará por qué estoy hablando de mí mismo cuando en realidad no es ese mi propósito. Suceden cosas en mi entorno que me intrigan y me están llamando la atención. A veces creo que me están involucrando en una trama cuyos perfiles me son ajenos... pero tengo esa curiosidad natural en el ser humano y aunque no me suelo preocupar de lo de los demás, ciertas cosas han despertado en mí un interés, debo decir, más bien desconocido. No sé lo que me ha llamado la atención de todo esto y tampoco soy un gran observador, pero algo no marcha bien, algo no funciona y se está traspapelando ante mis propios ojos.

El caso es que soy el encargado de una habitación concreta, me la recomendó expresamente el director del clínico. Don Óscar Laguna, —que así se llama— hace días me dijo:

—Espero que cuides con esmero esta alcoba y la persona que la ocupa.

Yo no sabía quién era aquella persona. Tampoco la vi ingresar, ni siquiera sé cuándo la trajeron. En el gráfico que colgaba de los pies de su cama no había fechas, lo cual en cierto modo me asombró, pero como no vivo pendiente de

los demás salvo que me lo exija mi trabajo, ciertos detalles no los tomo en cuenta.

Sé únicamente que era una mujer joven, de pelo rojizo, tenía alguna peca en el rostro y los ojos verdes. Yo, que soy poco amigo de calcular, en aquella ocasión, por la razón que fuera, subconscientemente, le calculé la edad; tal vez veinte, veintidós, quizá veinticinco, pero no los aparentaba. En el gráfico pude leer su nombre: María Torrent Villegas, y esto sí que me hizo recordar a Ricardo Torrent Villegas, un multimillonario que poseía unos astilleros en la propia ciudad costera donde vivía, una naviera de varios barcos, un concesionario de coches de lujo y un montón de etcéteras. A nadie podía pasarle inadvertido un hombre que siempre vivió en la ciudad y cuya fortuna se consideró siempre incalculable.

Aquel señor había muerto un año escaso antes, y yo, que soy tan despistado y que maldito si me intereso mucho por lo que ocurre en mi ciudad, lo supe porque uno de los periódicos locales venía lleno de esquelas fúnebres. Tuvi- mos todos que enterarnos de la muerte de aquel dichoso señor.

El hecho de que la chica hija de aquel difunto señor estuviera enferma e internada en aquel sanatorio psiquiátrico, donde solo había esquizofrénicos, alcohólicos o drogadic- tos hijos de altas personalidades, me hizo pensar en qué podía ocurrirle a aquella joven. Me sonaba a algo raro todo aquello, sobre todo, porque de nuevo en mi subconsciente había un suceso social que había ocurrido no hacía dema- siado tiempo. ¿Antes de morir el señor millonario o des- pués...? No lo recordaba, pero sí que lo comenté con Virgi- nia. He de añadir también, como aclaración, que Virginia se casaba aquella semana y por esa razón yo iba a pasar a ocupar su lugar porque en realidad, a quien primero enco- mendó el director la susodicha enferma, fue a Virginia, mi compañera.

—¿De qué me suena a mí este nombre?, —le dije a Virginia una mañana tomando café en la cafetería del clínico.

—Es la hija de Torrent Villegas, el multimillonario.

—Eso no lo dudo. ¿Qué le ocurre?, —y antes de que ella me respondiera, añadí—. Me suena de algo más.

Virginia hizo un gesto sardónico.

—Te suena de que se ha casado poco antes de morir el padre.

—O sea que es casada...

—Claro que sí. Y por favor, no hagas preguntas, que el director me ha advertido de que es un asunto familiar más bien secreto.

—¿Droga?, —pregunté.

—No. Alcoholismo.

—¡Joder, pues no empieza pronto la chica!

Virginia no dio más importancia al asunto. En realidad, iba a casarse y estaba muy enamorada de su novio. Aquel mismo día que hicimos este comentario, Virginia se fue y yo me dediqué a mi obligación. Ni siquiera le comenté a Bea, mi novia, aquel asunto, ¡para qué! tantas veces habíamos tenido casos parecidos...

Sin embargo, tres cosas me llamaron la atención y todas seguidas unas de otras. Primero, el marido. Era un hombre joven, no más allá de veintinueve años, y supe su nombre porque se lo dijo al director al entrar en la alcoba donde se hallaba su esposa. Se llamaba Beltrán Murrieta. La segunda cosa fue que hallándome arreglando el armario de la paciente, encontré una botella de *whisky*. Tercera cosa: la retiré, se la llevé al director, y esto último me causó el mayor asombro.

—Llévela al bar sin comentarios, —me dijo.

—¿Debo retirar todas las que vea?, —le pregunté como hubiera hecho en cualquier otra ocasión.

—Por supuesto. Y le pido la máxima discreción en todo cuanto concierne a esa enferma.

—Sí, señor.

¡Caramba! que yo retirase el *whisky* aquella noche y que al día siguiente encontrase otra botella y a la mujer completamente bebida me produjo un extraño interrogante. Decidí que, bueno, que yo vivía holgadamente, que no tenía problemas, que disponía de una mujer para hacer el amor de vez en cuando, que me gustaba la montaña y el mar, que tenía veintisiete años y ningún deseo de involucrarme en problemas ajenos. Así pues, decidí desde aquel mismo instante que nada de cuanto aconteciera en mi entorno con referencia a aquella habitación iba a traumatizarme, ni a molestarme, ni a hacerme pensar. Estaba visto que yo era un hombre cómodo, que sigo siendo cómodo, que me interesa mi propia vida y ninguna otra más, si acaso algo la de Beatriz, mi novia, pero he de confesar que no demasiado, no tengo intención de casarme y perder mi independencia. Me dije a mí mismo que me limitaría a ver, oír y callar, como hacía siempre, y llevaba allí, en aquel clínico, mucho tiempo. Allí había gente muy rica y allí no se podía ir si no ponías por delante un cheque de un millón de cucas. Los enfermos eran drogadictos hijos de papá, alcohólicos hijos de mamá, esquizofrénicos consentidos, hipocondríacos maniáticos y un largo etcétera de la misma calaña. Yo recibía un sueldo por cumplir con mi deber y todo lo demás me había propuesto que no me interesara nada, pero como bien dice el refrán, una cosa es proponer y otra es lograr.

Por la medicación que indicaba el gráfico pude observar que la joven debía llevar allí veinte días, y una de aquellas mañanas la vi sentada en el lecho, muy repeinada, muy preparada y muy sonriente. Por supuesto, pude observar con facilidad que no se hallaba bebida, claro que a las ocho de la mañana no podía estarlo, pero sí que me produjo extrañeza verla tan fresca y tan sonriente.

Cuando yo entré a tomarle la temperatura y la tensión arterial, me miró con suma curiosidad.

—A que no me dices cómo te llamas.... —Me espetó de súbito.

—Me llamo Denis. —Le repliqué muy respetuoso.

—Es un nombre de película americana. —Dijo.

—Pues soy español, de esta ciudad, aquí he nacido y he crecido.

—Oye —murmuró en voz baja—. ¿Quieres mirar si en ese armario hay una botella?

—¿Botella de qué? —Dije yo como si me asombrara.

—De licor, qué tontería.

Yo sabía que había retirado la noche anterior dos botellas y no podía comprender quién las ponía allí. Hasta la fecha, que yo supiera, aquella chica no había levantado la cabeza de la almohada, no había dicho ni mu y yo mismo era quien le servía las comidas y se las dejaba al borde del lecho, no sé ni cuándo comía ni si lo hacía, porque a mí no me correspondía retirar el servicio. Sabía por Virginia que era alcohólica y que sufría una crisis. Como he dicho, yo había visto entrar al marido en aquella habitación, pero me había fijado que salía rápidamente.

Nunca pequé de curioso, lo he demostrado hasta el momento, pero hay cosas como sombras diluidas en el espacio que te obligan a fijarte en detalles que en otro momento te hubieran pasado inadvertidos.

—Es muy temprano para beber. —Le dije.

—Y eso qué más da. Tú haz lo que te dije, como supongo que habrá una botella, tráemela.

No podía haberla. La había retirado yo el día anterior siguiendo las órdenes del director, pero aquello picó mi curiosidad, y si bien ella se conformó con lo que yo le dije y se volvió a acostar, yo aquella noche pensé en quién podría ser el que dejaba las botellas de licor en el armario. Y fue cuando empecé a interesarme, yo que no soy nada curioso, por aquel asunto. Y lo primero que hice fue hablar con el recepcionista. Era mi amigo y habíamos ido al mismo al colegio. Solíamos hacer juntos montañismo y esquí y había-

mos comprado entre los dos un fuera-borda en el que salíamos a pescar cuando el tiempo lo permitía.

Por la tarde solíamos salir los dos cuando él no tenía guardia y aquella noche, ya al atardecer, cuando yo dejé el centro, pasé por recepción y vi a Raúl listo para marcharse.

Salimos, pues, juntos y subimos a mi automóvil. El clínico quedaba ubicado en las afueras de una ciudad cuyo nombre no voy a citar porque no es el caso, ni merece la pena ni quiero que esto dé lugar a reflexiones baldías o a suposiciones fuera de tono.

Raúl aquel día no tenía coche porque lo había dejado en el taller, así que le invité a bajar en el mío y se sentó a mi lado. Fue cuando yo abordé el asunto.

* * *

—Oye, tengo una enferma de la que me ocupo por orden del director que se llama María Torrent Villegas. ¿Por qué está ahí? ¿Puede alguien tan joven ser alcohólico?

Raúl rompió a reír, pero dijo poniéndose súbitamente serio:

—Lo mejor que puedes hacer es ignorar el asunto.

—¿Ignorar qué?

—Ese asunto.

—¿Cómo voy a ignorarlo si me la han encomendado?

—Pues por eso mismo.

—No entiendo, Raúl.

—¡Carajo, Denis! la cosa está clara. Esa niña es muy rica, será una caprichosa, su padre falleció nada más casarse ella y después el marido la internó aquí con la intención de curarla.

—Curarla de su alcoholismo, quieres decir...

—No lo sé, Denis. Si está en la sección de alcohólicos, será porque es alcohólica.

—A mí el caso me extraña.

—Pues no debiera, la gente que tiene tanto dinero... ella se quedó huérfana recién casada y con una enorme fortuna, ya no sabrá qué hacer ni qué pensar...

—Pues has de saber que a mí el director me pidió discreción, —dije yo.

Raúl me miró sarcástico.

—Pues no estás siendo nada discreto.

—¿Por comentarlo contigo?

—Es una de las formas.

—¿Y si te dijera que aparecen botellas en su armario, que yo retiro y vuelven a aparecer?

—¿Las mismas?

—¡No seas estúpido! Joder, Raúl, no me ayudas nada.

—Somos amigos de toda la vida —me dijo Raúl—, trabajamos ambos aquí desde que terminamos la carrera. Jamás me has hablado de un enfermo ni te has preocupado de la labor que desempeñabas dentro de este clínico, ¿a qué fin ahora me sales con interrogantes absurdos? Tú sabes muy bien, Denis, que aquí tenemos enfermos de todo tipo, pero hay algo común a todos: su dinero. Un día en este clínico, te lo puedo asegurar que trabajo en recepción, vale seiscientos cincuenta mil pesetas, ¿has oído bien?, seiscientos cincuenta mil pesetas, todo incluido.

—¿También el licor para un alcohólico?

—Claro que no. Este es un centro formal, muy serio, muy de ricos pero muy eficiente. Y si ese licor aparece en el armario y tú lo retiras y aparece de nuevo al día siguiente es que algún enfermero está pagado para suministrar ese alcohol. Me gustaría saber quién es para agarrarle por los cabellos y llevárselo al director.

—Te equivocas de medio a medio, Raúl y esto es lo que me intriga, porque tú tienes de curioso lo mismo que yo de lo contrario, tú sabes todas las historias de cada enfermo y que me vengas ahora diciendo que desconoces la historia de María Torrent..., perdona pero me asombra mucho.

Llegábamos al centro. Cuando lo hacíamos juntos solíamos detenernos ante una cervecería. Era el mismo lugar donde yo vivía, encima de la cervecería justamente. Tiempo atrás mi padre tenía el bar donde ahora se ubicaba la cervecería y justo al lado había un *parking* donde yo guardaba mi coche. Así que descendimos, dejamos el coche y subimos por el ascensor dirigiéndonos después a la cervecería.

—Venga, Raúl, cuéntame lo que sepas, —y ya los dos nos encaramábamos a dos altas banquetas recostándonos sobre la barra.

Yo mismo pedí dos cañas y luego me volví y miré a mi amigo.

—Cuenta.

—Sí yo no sé nada.

—¿No fuiste tú el que me contaste lo de la niña Belén Urrutia que se drogaba? ¿Te acuerdas? Era la hija de un diplomático que luego resultó ser un político importante. La teníais ahí escondida y luego nunca lograsteis curarla...

—Nunca logramos, Denis, ambos pertenecemos al mismo clan...

—Pero tú sabías todos los detalles, ¿recuerdas? Me lo contabas día a día, que si la niña se había escapado, que si se drogaba con pastillas, que si sobornaba a los enfermeros para que le llevaran alucinógenos...

—De acuerdo, pero aquel era un caso del que sabía todo el mundo, por un parte porque se trataba de una niña que no era discreta, todo el mundo conocía su adicción y su padre estaba tan ocupado que no podía ni atenderla y mientras pagase esas cantidades astronómicas, a los demás les importaba un bledo.

—¿Y no puede ocurrir lo mismo con esta?

—Es distinto, —dijo Raúl categórico.

—¿Y por qué?

—No lo sé. Es un asunto que se lleva con toda discreción, algo que no trasciende, algo en lo cual están involu-

crados director y médicos, en particular Jeremías Lago. Es más, no hace ni dos semanas, cuando todavía a la joven la atendía Virginia, vino un notario. Un abogado viene frecuentemente. La trajeron una noche, no daba pie ni mano, tenía una intoxicación etílica de envergadura. Y según parece, no tiene mucha cura porque cuando la meten en un clínico como este van a pagar, y no a curar...

Llevé la jarra de cerveza a los labios y evoqué la fresca figura que había visto sentada en el lecho preguntándome por la botella de alcohol. En aquel instante, aquella joven, por la razón que fuera estaba lúcida. ¿Por qué fui tan estúpido que no aproveché para preguntarle algo?

No se lo dije a Raúl, pero sí comenté.

—Tendrá hijos...

—Que yo sepa, no. Al menos aquí no vienen a buscarla. Todo el que entra y sale tiene que pasar por recepción.

—¿También el marido?

—No, ya ves. El marido entra por la parte de atrás, la destinada a los médicos.

—¿Es médico él?

—No, Denis, es ingeniero.

—¿Ingeniero de qué?

—De lo que le dé la gana, no ignorarás que el suegro era el dueño de los astilleros y de la flota naviera, con eso ya le basta al niño para entretenerse, además de otras muchas cosas. Lo doloroso, sin duda, será haberse casado un hombre tan serio y tan digno con una joven borracha. Y eso que tiene suerte —añadió— porque dime tú, casado con una multimillonaria, sin padre, y él ahora con eso de que la chica es alcohólica, será el dueño de todo. Eso es hacer fortuna, Denis, lo demás son cuentos.

—Un momento, Raúl, un momento.

—No me hagas más preguntas, Denis, que no sé nada. Lo que sé ya te lo he dicho, lo sabe toda la ciudad.

—Aguarda, aguarda, Raúl, si yo soy de la ciudad y no la he conocido nunca y jamás he oído su nombre, ¿por qué

aparece ahora?

—Tendré que explicártelo de nuevo aunque no me apetece nada, ya sabes que no me gusta hacerlo. Lo que sucede es que tú, con esa indiferencia no te enteras de nada, cuanto menos de que una niña millonaria se casa con un ingeniero de la empresa de su padre, se va de luna de miel y algún tiempo después, la internan en un clínico por alcohólica, ¿quieres más?

—No quiero eso, eso ya lo sé. Lo que me pregunto es por qué no la he visto nunca en esta ciudad, que no es Madrid ni Barcelona...

—De acuerdo, ahora te lo explico. La chica María Torrent se educó en un colegio suizo. Cuando falleció su madre, hace cosa de diez años, la llevaron allí y el padre iba a verla. En vez de traerla a casa, se la llevaba de viaje todo el verano. Tengo entendido que aparte de haber cursado primero de derecho, domina cinco idiomas. Eso es, en resumidas cuentas, el resultado de una educación millonaria, pero eso no quiere decir que no se haya aficionado a la bebida, muy al contrario.

—Espera un segundo, Raúl, me estás contando una historia novelesca...

—Te cuento una historia real como la vida misma.

—Yo veo sombras en todo ello.

—Explícame y quizá pueda disipar esas sombras.

—Veamos, se educa en un colegio, se pasa casi toda su vida interna, se casa con un ingeniero de la empresa naval de su padre...

—Sí... creo que recuerdo esa boda.

—Y todo el mundo en la ciudad por haber sido una boda multitudinaria a la cual acudieron médicos, abogados, políticos, financieros y empresarios de toda España.

—Ya, ya recuerdo yo eso. Sobre todo de leerlo en el periódico local.

—Pues eso.

—¿He de entender que ya era alcohólica?